

Conversación 23
EL EJERCITO DE BAADUR

Nipur (India), 24 de enero.

He aquí lo que me contó ayer por la noche un viejo Veda, de barba corta, mendigo, charlatán, quien, según él mismo lo afirma, ha recorrido todos los países del Asia Central:

»El ejército del Sultán Baadur dejó sus campamentos del Valle Negro hacia fines de marzo. Era un ejército inmenso, marchaba destinado a conquistar Cachemira, pero era completamente diverso de los que hasta ese día se habían enfrentado y combatido. En realidad de verdad, no se parecía a ningún ejército de los reinos e imperios de los hombres.

»El Sultán Baadur, convertido a las doctrinas del Profeta Muni, pensaba que la guerra no condice con la dignidad de nuestra especie, creada por los dioses tan por encima de las demás especies. Decía Baadur el Sabio que los hombres tienen misiones y oficios mucho más elevados que quitar la vida a sus semejantes. Morder, despedazar, estrangular, envenenar, son operaciones que corresponden mejor a la mayor parte de los animales, a quienes fueron dadas armas naturales aptas: cuernos, dientes, garras, vesículas con veneno. Y el Sultán Baadur, ¡glorificado sea su nombre!, fue el primer príncipe que formó un gran ejército compuesto por animales amaestrados para la guerra.

»El ejército, que en una mañana de marzo salió del Valle Negro, llevaba como vanguardia una manada de lobos hambrientos; seguía a éstos una legión de leopardos atraillados, una tropa de osos velludos y feroces, un lote de toros salvajes, un apretado regimiento de fieros leones y finalmente, una larga hilera de grandes elefantes, destinados los últimos a pisotear y deshacer a los enemigos que las bestias precedentes hubieran herido sin llegar a matar.

»Para guiar y vigilar a esas manadas de bestias, aun cuando ya estuvieran domadas y adiestradas para prestar servicios de guerra, era necesario contar con un cierto número de hombres. Mas, el prudente Baadur no había querido que para ese peligroso y desagradable oficio fueran llamados hombres libres e inocentes. Había hecho salir de las cárceles a todos los condenados por homicidio o intento de homicidio que eran huéspedes de las prisiones de su reino, concediéndoles gracia y libertad con la condición de que amaestrasen a las fieras en el arte de la guerra y las condujeran contra el enemigo. Mas prohibió que esos hombres participaran en los combates: tan sólo debían vigilar y azuzar a los animales puestos a sus órdenes. Afirmaba Baadur que ni siquiera a los asesinos se les debía permitir dar la muerte.

»Algunos de esos hombres conducían, en carros tirados por mulas, muchos halcones con capuchón, los que en el momento de la batalla serían liberados de los capuchones y, de acuerdo a la enseñanza recibida, se lanzarían contra los enemigos arrancándoles los ojos. Otros delincuentes indultados guardaban en amplias canastas cerradas serpientes que, en el momento oportuno, serían arrojadas en medio del ejército enemigo, esparciendo la muerte a su alrededor.

»Así estaba formado y ordenado el ejército que el poderoso Sultán Baadur, amigo de los hombres, hizo partir una mañana de marzo desde el Valle Negro. Y el ejército marchó por montes y bosques, durante días 57 días, S, todos los seres vivientes se alejaban de su camino apenas oían el aullido de los lobos, el rugido de los leones, el bramido de los osos, el mugido de los toros y los clamores de los elefantes. Y el ejército de las fieras entró en Cachemira y fue lanzado contra los aterrorizados defensores, hombres simples y débiles armados con lanzas y flechas. La furibunda tropa de los animales famélicos anonadó, trastornó y devoró al poderoso ejército del rey de Cachemira. Pero cuando los infelices guerreros humanos estuvieron todos muertos o dispersos, sucedió algo horrible, sucedió lo que el sabio Baadur no había previsto: las fieras,

cebadas y ebrias de sangre y de exterminio, no obedecían más las órdenes y amenazas de sus guardianes. Estos, profiriendo voces espantosas, repartiendo latigazos, dando golpes con mazas de hierro y punzando con lanzas, intentaban reducir y alinear a sus animales, pero, ¡todo era en vano! Ni siquiera los halcones querían volver a sus refugios, ni las serpientes oían los tañidos de flauta de los encantadores. Más aún, se desató otra espantosa carnicería: las hordas desencadenadas de las fieras, como enloquecidas por la libertad y el tumulto, se lanzaron contra los malhadados domadores y conductores y en poco tiempo los deshicieron hasta el último. Finalmente, una vez ahítas, se diseminaron y escondieron en la interminable selva. »Así terminó la veloz conquista de Cachemira, así concluyó el ejército ferino del Sabio Baadur, del Gran Sultán que no quería enviar a los hombres para que mataran a los hombres». Escuché en silencio, con la gravedad que se estila en estos países orientales, la historia del viejo Veda. Pero en mi interior no podía contener una risa invisible y prolongada. O el viejo de la barba corta había inventado enteramente el relato, o el sabio Baadur había sido el más loco de todos los sultanes.